

## **DOMINGO QUINTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 9, 26-31): *La Iglesia gozaba de paz.*

Salmo (21, 26b-28.30ab.31-32): «*El Señor es mi alabanza en la gran asamblea*»

2ª lectura (1ª Juan 3, 18-24): *Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios.*

Evangelio (Juan 15, 1-8): *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*

En todas las concentraciones religiosas, en las que yo he estado presente, las personas nos encontrábamos tremendamente cercanas, nos sentíamos perfectamente unidos. El evangelio de Juan lo expresa con la imagen de la vid y los sarmientos: unidos a la vid para experimentar como la savia-vida llega a todos los sarmientos. Algunos sobran, si se quiere buena cosecha, y se les poda, para que la vid de más fruto.

La expresión “*cortar por lo sano*” ha sido siempre discutida por quienes quieren apurar al máximo la vitalidad de todo aquello que les pertenece. Incluso en el propio evangelio se reprocha una actitud de excesivo celo por arrancar las “*malas hierbas*”. La cizaña puede ser confundida con el trigo y se corre el riesgo de estropear la cosecha adelantando la siega de los hierbajos. En medicina hay opiniones variadísimas que se inclinan por una u otra opción: cortar y extirpar o intentar curar sin agredir el organismo.

En todos estos casos se requiere el conocimiento profundo y la voluntad nítida de salvar al paciente o a la planta. Pero en el caso del evangelio de Juan su parábola concede al propio Dios la tarea del agricultor. El Padre va a cuidar su viña elegida, la vid que es el propio Hijo arraigado en la tierra y del que brotan (brotamos) sus discípulos como sarmientos que transmiten la savia de la cepa y ofrecen frutos de vida. Permanecer unidos a la vid es vital para los sarmientos; de ahí que nos resulte poco apetecible la poda que anuncia la parábola. Y sin embargo esa poda es necesaria para que el sarmiento pueda dar fruto.

Sin poda el sarmiento crecería por su cuenta y acabaría dando frutos más similares a los agrazones que no a las ricas uvas que produce la cepa bien podada. La imagen de la vid ha definido la necesidad que los cristianos tenemos de permanecer unidos a Cristo y no irnos “*por las ramas*” creyendo que cuanto más espacio ocupemos en el terreno en que estamos instalados, mayores posibilidades tendremos de éxito. No, la vid requiere la poda, que respeta y potencia la vida del sarmiento, para que su tronco con la cepa le facilite renovarse con savia nueva y no acabe eliminado como un sarmiento que ya no da fruto.

Muchas personas hemos probado la carne asada en las brasas de los sarmientos podados, y guardados para ese menester. ¡Qué listos los viñadores y qué previsores! Nada se desperdicia en una naturaleza que recicla cualquier cosa, siempre que encuentre personas que saben vivir con lo necesario. Esto lo llamamos, en lenguaje coloquial, “*soltar lastre*”: desprenderse de aquello que solo nos sirve para detener nuestro proceso de desarrollo como personas humanas, capaces de ser y vivir como adultas.

Así como en los frutales llamamos dar fruto a su tiempo para que las personas disfrutemos de una alimentación sana que mantiene perfectamente nuestro cuerpo con una salud que nos permite un crecimiento correcto. También en nuestra vida personal y social las personas somos capaces de dar el fruto de las buenas obras si nos hemos sabido cuidar con el alimento del pan de las palabras de la Verdad y del Bien y hemos sabido beber el vino bueno de la Amistad y de las relaciones que generan fraternidad y sororidad.

Para conseguir un fruto verdadero, una buena cosecha y buen vino, todo no termina con la poda. Hay que volver a empezar el proceso: preparar la tierra, regarla, arrancar lo que sobra, podar lo que no lleva fruto verdadero y coger las uvas para el vino de la alegría y del encuentro. La comunidad cristiana que no lleva ese proceso se seca, se muere y al final, a pesar de lo que se ha trabajado, desaparece para la vida del mundo y, las personas que nos suceden seguramente ya están buscando por otros caminos.

En el amor, si es de verdad, nunca hay condena; si hay perdón, misericordia, paz, presencia, restauración, cuidado y cercanía. Así los experimentaron los discípulos después de la muerte de Jesús. Desde entonces, las comunidades creyentes llamamos a esa experiencia: **¡Resurrección!**, presencia agraciada que llena de vida nueva todo nuestro camino por esta tierra, llena de cruces, de no vida, de desencuentros, de enemistades, odios y guerras.

El secreto de la vitalidad cristiana está en permanecer unidos a Cristo. No se trata de crecer por nuestra cuenta sino de transmitir con la mayor lozanía posible la propia savia divina sin temor a perder algunas de nuestras expectativas de éxito; lo que importa es que seamos capaces de producir frutos dignos de la vid a la que estamos unidos. La primera carta de Juan nos lo dice claramente: «***No amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad***». Estas obras que son amor y vida verdaderos son los frutos abundantes que producen los discípulos cuando han aceptado con gratitud la poda correspondiente.

Por más que sintamos sangrar nuestras vidas no olvidemos que la poda equivale a la acción del Espíritu que limpia de impurezas nuestra voluntad de permanecer unidos al proyecto de vida y amor que Dios, nuestro Padre, nos ha brindado con garantía total de cumplimiento en la persona de Cristo. Ser cristiano lleva consigo un fuerte olor a sarmiento vivo, lleno de esperanzas y arraigado en la savia divina para producir buenos frutos dignos de los hijos de Dios.